

El corazón de Dios en los gestos de Francisco

P. Geovanny Colorado, cjm

Director Unidad Eudista de Espiritualidad

En medio de una sociedad cada vez más cerrada a la experiencia del amor, a la fragilidad y la normalidad del sentir, recibimos el gran regalo de Dios de tener un pastor que huele a oveja, que camina sin reparo sobre la tierra de los pobres, y cuyo corazón palpita al ritmo del amor y la misericordia. Francisco, Obispo de Roma, no sólo heredó un nombre lleno de sentido y profecía; ha abrazado con todo su ser la misión de ser un reflejo del Buen Pastor.

Fácilmente la vida del Papa Francisco puede ser una parábola que nos habla sobre el Corazón de Dios. Su vida fue una parábola cargada de Reino de Dios que hizo eco de la predicación de Jesús dirigida a los corazones sencillos y humildes que se abrían a la Palabra. Con su testimonio fue posible comprender su rol de "Pontífice", pues realmente fue un puente visible que reflejaba un camino accesible para estar cerca de Dios.

Al volver la mirada, y hacer memoria agradecida de la vida de Francisco, es posible ver que no era un Papa de solo discursos y palabras, sino que su vida misma era una comunicación del Evangelio. Anunció con veracidad que el amor de Dios se palpa en la cercanía y en la defensa de la dignidad humana. Con cada una de sus acciones pudo mostrar al mundo entero, a católicos y no católicos, cómo es Dios cuando ama, cómo es el Padre cuando abraza, cómo es su misericordia cuando perdona.

En este Papa sonriente y sencillo hemos podido ver íconos del Dios que se inclina, que no se aleja del humano pecador y que se acerca con ternura a las heridas que surgen de las "periferias existenciales". En otras palabras, en su papado, o más bien, en su vida como cristiano llamado a ser pastor, supo reflejar el rostro del Padre que Jesús encarnó y reveló.

Bastaba ver los gestos sencillos de Francisco en cada uno de los viajes apostólicos que realizó, en las Semanas Santas que ce-

lebró y en el eco de las palabras que pronunció. En cada uno de esos gestos - como el besar los pies a 12 jóvenes prisioneros el Jueves Santo del 2023, abrazar a un niño con discapacidad (como lo hizo en abril de ese mismo año), consolar y dar esperanza a un niño que lloraba porque su padre murió sin creer en Dios, visitar los lugares olvidados del mundo, hacer visible el dolor de los migrantes y el grito de clamor de la Casa Común - se ha hecho presente el amor entrañable y cariñoso de Dios que no se entiende como una idea, sino como presencia viva y encarnada en acciones concretas.

¿Y qué decir de la claridad que tenía para con la misericordia de Dios? Bien recuerdo cuando se publicó su libro "El nombre de Dios es misericordia" en el año 2016: todo un bello y verdadero retrato que refleja la esencia de Dios. Lo más interesante fue que en su contenido no quiso abordar esta verdad como un teólogo de cátedra ni hablando del tema de manera académica. Bien pudo hacerlo así, pero no fue su opción. Prefirió hacerlo desde su testimonio, como un testigo que experimentó en su vida el amor de Dios, como una confesión hecha que salió desde lo más profundo de su interior.

Cada vez que hablaba de la misericordia de Dios era como si abriera una ventana que dejaba ver su experiencia íntima de ser amado gratuitamente por Dios. No olvidemos, por ejemplo, cuando en una entrevista al inicio del año Jubilar de la Misericordia se referenció y dijo que "Soy un pecador a quien el Señor miró con misericordia ... soy un hombre perdonado". O cuando afirmó en la cuaresma del 2014 que "Dios nunca se cansa de perdonar... ¡Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón! Pero Él nunca se cansa de perdonar".

Solo un pecador que se siente profundamente amado y perdonado puede hablar del amor y la misericordia de Dios con tal certeza, convicción y "efecto de contagio".

Para finalizar, creo que bastaría decir que fueron los humildes, los sencillos, los que comprendieron el mensaje y el papado de Francisco.

Bastaba ver los noticieros durante estos días en los que hacían entrevistas relámpago a los fieles católicos con las que se quería saber su reacción a la muerte del Papa Francisco.

En las respuestas había nostalgia y tristeza de perder a un gran servidor de Dios; pero también se hallaba una contestación que era como un común denominador: se nos va un Papa sencillo, que nos habló del amor y la misericordia de Dios, un Papa que dio convicción de un Dios de al lado y que está cerca.

En otras palabras, hablaban, y podemos hablar, de un hombre, un argentino de mirada tierna y profunda, de sonrisa fraterna y comunicadora de paz. En él hemos podido vislumbrar parte del misterio más hermoso de nuestra fe: que Dios es amor, y que su amor tiene manos, rostro y voz. Gracias, Papa Francisco.

